

“Por esta puerta hemos de entrar”

Teresa de Ávila: una respuesta a la crisis manierista

BENJAMÍN FLORES HERNÁNDEZ

Departamento de Historia/UAA

EL MANIERISMO

La existencia de un ambiente cultural absolutamente diferenciado del que había caracterizado al Renacimiento, a partir de fechas tan tempranas como 1520 o cuando mucho 1530, durante todo el siglo XVI y cuando menos hasta el inicio de la guerra de los Treinta Años, por 1618, es hoy un hecho a la consideración de los investigadores. Un libro definitivo para asentar tal interpretación de la historia occidental, así como la situación social que provocó ese ambiente, fue el del historiador de la cultura británico de origen húngaro Arnold Hauser (Budapest, 1892 – Budapest, 1978): *Der Manierismus: die Krise der Renaissance und der Ursprung des modernen Kunst* (Munich, Beck C. H., 1964)¹. Dentro del desarrollo de la cultura occidental encontramos, desde el inicio del segundo cuarto del siglo XVI, si no propiamente una ruptura, sí una crisis muy clara y aguda de ésta. Podemos entender ese momento

¹ Esta obra tuvo durante 1965 dos ediciones en inglés: Londres, Routledge and Kegan y Nueva York, Knopf. La traducción al castellano la hizo Felipe González Vicen para Guadarrama, de Madrid; la versión que yo he revisado es la que apareció en dos tomos: *Literatura y manierismo* y *El manierismo, crisis del Renacimiento*, números 39 y 130 de la colección Punto Omega, de 1969 y 1971, respectivamente. En México, fue el maestro Jorge Alberto

histórico, al que se ha llamado manierismo, como el de un hondo conflicto en la conciencia que, de su propia cultura y de las posibilidades y sentido de ésta, tiene el hombre occidental.

Cabe señalar que la palabra “manierismo” se empezó a usar para designar una particular manera de desarrollar su obra por los artistas inmediatamente posteriores a los grandes maestros del Renacimiento desde fechas muy tempranas, prácticamente desde el momento mismo en que las estaban realizando, y se refería a que ésta la hacían con un claro sentido de amaneramiento, de estilización, de tratar de seguir el modelo de aquéllos: de pintar, de esculpir a la manera –*maniera*, en italiano- de ellos. Sin embargo, la delimitación entre los estilos artísticos –y de los momentos culturales a que éstos hacen referencia- renacentista y manierista no ha sido nunca unánime por parte de los críticos de arte y los historiadores, lo mismo que la de esta última etapa con el barroco. Una extraordinaria bibliografía comentada sobre el tema, de cerca de quinientos títulos, es la que compiló Jérôme Toulouse para su memoria de doctorado de estado en Francia, de 1997².

Manrique quien, hace ya treinta años, en sus clases de Historia del Arte y de Reforma y Contrarreforma de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, con más entusiasmo fomentó en sus alumnos el interés por esta época. Entre sus artículos sobre el tema se encuentran “Reflexiones sobre el manierismo en México” y “El manierismo en la Nueva España”, ambos publicados en los Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, el primero en el número 40 y el segundo en el 45, correspondientes a 1971 y 1976.

- ² Esta bibliografía, junto con el texto de la citada memoria de DEA y de su primera memoria de maestría, *Confusions et distinctions de Shakespeare aux Beaux-Arts*, puede consultarse en la página web creada por Toulouse: www.multimania.com/lisamyla. Esa bibliografía, que recoge textos en francés, alemán, inglés, español, italiano, portugués y ruso, principalmente, está dividida en 22 apartados: 1. Generalidades. Panorama. Artículos; 2. Definiciones problemáticas de la “maniera”; 3. Manierismo y crítica de arte del siglo XVI. Estudios sobre la crítica de arte del siglo XVI. La teoría en el siglo XVI; IV. Entre retórica y manierismo V. Manierismo y barroco; VI. Manierismo y Contrarreforma; VII. El manierismo recurrente. Teorías globales. El

No se va aquí a participar en la polémica acerca de la independencia del manierismo con respecto del Renacimiento y del barroco. Partiendo de la aceptación de la existencia de un particular estilo cultural en la Europa del siglo XVI, caracterizado por una profunda crisis, lo que este artículo pretende es sólo situar dentro de ella la apasionada respuesta ofrecida por una recia mujer castellana de la época. Para ello, previamente se hará una sumaria exposición de algunas notas que tipifiquen el tiempo de referencia.

En lo que significó el Renacimiento mismo está el planteamiento del problema. Frente a la unitaria cosmovisión cristiana de la Edad Media que entendía la vida con un sentido escatológico, se presenta otro modo, radicalmente distinto, de entender las cosas. En el Renacimiento se da un verdadero "renacer" del humanismo pagano clásico y a partir de éste sobreviene, cuando menos en potencia, un terrenalismo que se irá desarrollando, a partir de entonces, a lo largo de toda la época moderna. Éstos son los dos extremos en contradicción que se han dado desde entonces en la conciencia de la cultura occidental: por un lado, el mundo, centro de la vida pagana y secular; por el otro, Dios, clave para la vida religiosa.

El Renacimiento, más que una vuelta sin más al paganismo, significó, a través de un redescubrimiento de otros valores que los meramente relacionados con la salvación, un intento de equilibrio

manierismo después del siglo XVI; VIII. Manierismo y literatura; IX. Especificidades italianas; X. Manierismo y literatura italiana; XI. El manierismo en Francia. Fontainbleu; XII. Alemania; XIII. El manierismo en España y Portugal; XIV. El manierismo y la literatura inglesa; XV. El manierismo en los países del norte; XVI. Otros horizontes; XVII. Manierismo y música; XVIII. Manierismo y sociología; XIX. Otros temas; XX. Exposiciones; XXI. Colectivos; XXII. Metodología. Basta un simple repaso de tales apartados para constatar lo interesante y arduo del tema, desde las múltiples perspectivas desde las que se ha abordado su estudio y lo mucho que se ha escrito acerca de él.

entre estos dos mencionados puntos de vista opuestos. Creyó en la posibilidad de conciliar estos dos extremos, porque tenía fe tanto en el mundo como en Dios, y a partir de esta creencia halló una misión para el hombre: encontrar a Dios en el mundo, por el perfeccionamiento de la naturaleza. Y a esta empresa se lanzó con todo el ardor y la convicción que le daba, además, una confianza ilimitada en las posibilidades racionales del hombre –y del hombre individual-, libre de toda sujeción tanto a un Dios trascendente como a la naturaleza o a la sociedad; del individuo concreto, pues, lazo de unión entre Dios y el mundo: rey de la creación e hijo amado de Dios. El renacentista creyó en la omnipotencia de la razón, a la que entendía como la presencia de Dios en cada hombre, como el soplo de Dios puesto en el individuo para que éste pudiera, con ella, perfeccionar la naturaleza: acercarla más a lo racional. El Renacimiento fue, entonces, una época esencialmente optimista.

Pero ese equilibrio resultó precario y se rompió muy rápidamente. La feliz ensoñación de creer en la tranquila convivencia del ideal mundano y del ideal trascendente en un plano de igualdad, se quebró pronto con desilusión.

En el arte, por ejemplo, con esa fe en las posibilidades absolutas del hombre, el Renacimiento había creído que contando solamente con la razón humana se podría llegar a representar plásticamente la perfección, misma que creyó encontrar en la sola definición de un equilibrio de las proporciones y de la expresividad: paradigmáticamente, en las obras de los tres gigantes italianos Leonardo, Miguel Ángel o Rafael. Pero resulta que en el preciso momento en que cree llegarse a ese ideal por el que tanto se ha luchado, el hombre deja de confiar en él. Descubre que al mismo tiempo que las obras realizadas por los geniales artistas de unos cuantos años atrás son en cierto sentido insuperables, también es posible ir más allá; lo racional, siente, no es el único criterio de perfección, aparte de razón el hombre es también sentimiento, pasión, necesidad, deseo, condicionamiento social y muchas co-

sas más. Y comprende que lo importante de todas las grandes obras que se han realizado en busca de la totalidad no está en el hecho de haber captado a Dios en las cosas, sino en el ser un modo personal de haber intentado hacerlo. Se intuye que hay múltiples caminos para la realización humana. El hombre se sabe limitado, y la aceptación de esta limitación, naturalmente, es angustiada. Lo importante se vuelve entonces la definición del estilo personal, de la propia manera —*maniera*, otra vez- de cada quien.

Y si esto pasa tan claramente en el arte, acontece lo mismo en los demás aspectos de la cultura. A toda ella la inunda ahora el desencanto, el pesimismo. Se ha deshecho la ilusión de equilibrio entre el concepto de Dios y el del mundo. Pero no se puede regresar así, sin más, al sentimiento medieval de Dios como único sentido y realidad: ahí está, muy vivo y presente, todo el humanismo que el Renacimiento rescatara del paganismo; hay ahora la conciencia de que existe algo más que Dios, de que el mundo tiene validez en sí, independientemente de lo trascendente. Por otra parte, tampoco es posible dejar de lado toda la tradición cristiana que de algún modo sigue todavía viva, y la idea de una trascendencia a esta vida está arraigada muy profundamente. Con amargura se sabe de fijo que el equilibrio Dios-mundo es imposible, pero tampoco está el hombre en situación de asirse unilateralmente a cualquiera de los dos extremos. Sobreviene así una época de escepticismo.³

³ En un trabajo previo: "El manierismo. Crisis en la conciencia europea en el siglo XVI", en *Cuestión social. Revista mexicana de seguridad social*, no. 21, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, primavera de 1991, pp. 57-71, pp. 58 y 59, señalaba yo cómo "A lo largo de unos cuantos años, a veces precisamente a partir de la obra llevada a cabo por algunos de los más claros representantes del Renacimiento, se fueron sucediendo ciertos acontecimientos que, si por un lado pueden entenderse como culminación de la misma línea de progreso humanista iniciada desde fines de la edad media, por el otro vienen a significar la puesta en crisis de dicha tendencia de desarrollo cultural hasta entonces de pura marcha rectilínea y ascendente. Así, por

En contraste con la sencillez con que el hombre de la Edad Media o del Renacimiento se había acercado a los problemas de la existencia, el manierista, desencantado de aquella actitud tiene como punto de partida la complicación, el rebuscamiento formal o intelectual para tratar de resolver esos mismos conflictos. Y vuelven a plantearse, otra vez aunque de manera distinta, cuestiones aparentemente ya solucionadas hacía mucho tiempo. Decía tajantemente Arnold Hauser: «Había terminado el sueño renacentista de un idilio de los dioses de la tierra; la humanidad occidental experimenta una “tremenda perturbación”, el universo que se habían edificado la antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento se viene abajo.»⁴

En un acercamiento a la sociedad europea de la época, Hauser descubre la causa de este escepticismo y de todo el manierismo en general en la alienación del hombre concreto en la complejidad de la vida comunitaria moderna. Tal interpretación, despojada de ciertas resonancias deterministas que le asignara su autor,

ejemplo, hechos como la magnífica realización de obras de arte prácticamente perfectas desde un determinado punto de vista —eminentemente las de Leonardo, Miguel Ángel y Rafael—, el estallido de una lucha religiosa de pretensiones francamente radicales —la iniciada por Lutero—, la apropiación de una riquísima parte —por Cortés— de un inmenso continente nuevo apenas concebido como tal —gracias a Vespucio, Balboa y Magallanes, entre otros—, o el enunciado de teorías cosmográficas —la de Copérnico— y políticas —la de Maquiavelo— absolutamente novedosas, si bien resultaban natural consecuencia de la ferviente fe en el hombre y en sus posibilidades que caracterizará a la época renacentista, simultáneamente representaban, por su misma grandeza revolucionaria, un fuerte toque de atención para la conciencia de los hombres de entonces. Y eso, sucesivamente, de dos maneras distintas: primero, como una exigencia de continua superación cada vez más difícilmente conseguible y luego, más profundamente, como la entrada en crisis de las mismas convicciones motivadoras de aquellas acciones, toda vez que sus resultados estaban revirtiendo, inesperadamente, en su propio menoscabo y cuestionamiento”.

⁴ Hauser, *El manierismo...*, p. 32.

resulta suficientemente atractiva y convincente. El Renacimiento había fincado su ilusión en la grandeza del individuo, pero resulta que ahora, frente a la sorprendente aparición de una sociedad —la capitalista— que olvida cualquier sentido trascendente particular en aras de la satisfacción de nuevas necesidades creadas por ella misma, la persona se perdía en el anonimato de las instituciones. El hombre personal, “cada uno”, deja de ser alguien en sí y por sí; recordemos, por ejemplo, que ésta es la época del surgimiento del estado moderno que sacrifica al individuo dentro de una entidad abstracta y artificial. Frente a esta enajenación social del hombre, puede él reaccionar de varios modos: puede perder la conciencia de su propia personalidad y caer en el automatismo social o puede, a partir de la conciencia angustiada de su existencia en este mundo enajenante en el que vive, buscar desesperadamente una solución, un punto de apoyo para esta realidad concreta que es cada cual.

En fin, que el manierismo, que se nos presenta como una oposición al Renacimiento y a su humanismo optimista, es en realidad mucho más que esto: es la crisis de la conciencia del hombre occidental al encontrarse viviendo en una sociedad que le roba su propia calidad personal y no poder acogerse sin más a ninguna instancia vital suficientemente firme.

El momento cultural del manierismo salta a la vista como eminentemente paradójico, como una época en la que la ambivalencia, que quiere decir al mismo tiempo escepticismo, lo llena todo. Y es claro: porque no se cree en nada, todo es posible; como todo es posible, nada es seguro. El propio Hauser lo explica así en un párrafo por demás definidor de la ambigüedad de la época, muchas veces presente en el mismo individuo, que sucesiva o aun simultáneamente se nos aparece con rostros —máscaras— contradictorias:

[es entonces constante] la tensión entre clasicismo y anticlasicismo, naturalismo y formalismo, racionalismo e irracionalismo, sensualismo y

espiritualismo, tradicionalismo y afán de novedades, convencionalismo y protesta contra todo conformismo, la esencia del manierismo consiste en esta tensión, en esta unión de oposiciones aparentemente inconciliables.⁵

En estas circunstancias es que aparece la fantasía, el inventar situaciones que no tienen cabida ni posibilidad en la realidad objetiva. Don Quijote crea entonces, para amarla, a Dulcinea. Pero al mismo tiempo, paradójicamente, el manierista se da cuenta de la irrealidad de su modelo. Por eso aparece el concepto de la locura como, tal vez, la verdadera sabiduría: el mundo que parece real, quizá, en verdad, sea el aparente, mientras que el de los sueños de la locura probablemente resulte el verdadero. Porque además, habiéndose perdido la fe absoluta que se tuviera en las posibilidades del hombre, ha desaparecido la que se tenía en la razón. Un aspecto del manierismo es la dialéctica que en él se da entre racionalidad e irracionalidad, entre inteligencia y sentimiento.

El manierismo, en fin, es no saber nada a ciencia cierta, es buscar por todas partes a qué atenerse. Es buscar en lo nuevo y regresar a lo viejo, es guarecerse bajo la forma y despreciar la apariencia, es esconderse en lo extremadamente complicado y en lo absolutamente simple, es creer en todo y no estar seguro de nada. En contraposición al equilibrio clásico del Renacimiento es la exageración, el rebuscamiento. Puede querer decir al mismo tiempo todas las cosas; manifestación suya es lo que significa duda, crisis, exceso, inseguridad: la tragedia y el humor, por ejemplo. Cervantes, el Greco y sobre todo Shakespeare son quizás los manieristas más recordados hoy por los especialistas. Sin embargo, yo quiero citar aquí el texto de otro escritor, menos universalmente conocido pero que en los renglones que voy a transcribir me parece a mí paradigmático en su manierismo: desencantado, escéptico, humorista, elegante, culto, extraordinario en el arte de saber decir su pensamiento y su “filosofía” a través de hermosos y

⁵ *Ibid.*, pp. 34 y 35.

perfectos versos, y detrás de todo ello todavía exaltado y apasionado por aquello que de antemano sabe mentira y sólo mentira. Se trata del célebre soneto del aragonés Bartolomé Juan Leonardo de Argensola (1562-1631):

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
que aquel blanco y color de doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.

Pero tras eso confesaros quiero
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano a competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.

Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así Naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

EL LIBRO DE SU VIDA DE TERESA DE JESÚS

El manierismo, pues, responde a la realidad de una sociedad enajenada en la que todo es confuso. La unidad social, religiosa, política, geográfica, económica, que caracterizara a la Edad Media se ha roto. La conciencia de esta ruptura ha dejado al hombre occidental sin saber a qué acogerse. Para el siglo XVI se están desmoronando la Iglesia universal, el Imperio, el orden feudal, el concepto ptolomeico de la geografía, el escolasticismo, que habían dado coherencia a la cultura occidental. Ahora en Europa priva el desorden en todo, y sobreviene una época de desorientación total. La existencia de diversas nacionalidades particulares, de innumerables sectas religiosas excluyentes entre sí, de una clase

burguesa ávida de poder político y dueña ya del económico y de un campesinado rebelde, de un Nuevo Mundo al que no se sabe todavía bien a bien qué acomodo darle, de un racionalismo atomizador y desintegrador de las antiguas creencias, son ya hechos incontrovertibles, presentes en la conciencia de todos los hombres. La respuesta a las diversas preguntas, que el Renacimiento creyera encontrar en la razón, ha resultado en la práctica ya no totalizadora y omnivalente. De inmediato esto ha traído desilusión y después una nueva búsqueda, cada vez más angustiada, de nuevas soluciones.

Es en este ambiente duro e ininteligible en el que tiene que desarrollarse la existencia de los hombres y las mujeres occidentales del siglo XVI, por lo demás pródigo en figuras llamativas: apasionantes, extremadas, de fuerte personalidad, que enseguida concitan la atención del historiador. En un estudio anterior periodicé en diez generaciones a quienes nacieron y vivieron en la Europa manierista de entre 1525 y 1625.⁶

⁶ En mi tesis de doctorado: *Con la espada y con la pluma, el caballo y el compás. Bernardo de Vargas Machuca, un español baquiano de fines del siglo XVI y principios del XVII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. Un fragmento de este texto, referido precisamente a tal tema, se publicó en el ya mencionado artículo "El manierismo. Crisis de la conciencia europea en el siglo XVI" (*op. cit.*) Estas son las diez generaciones manieristas que allí relaciono:

1. *Generación de 1513. Renacimiento-manierismo.* Los que provocaron la quiebra. Nacidos alrededor de 1483 (entre 1476 y 1490). Por ejemplo Tiziano, Baltasar de Castiglione, Tomás Moro, Francisco Pizarro, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fernando de Magallanes, Rafael Sanzio, Francisco Guicciardini, Martín Lutero, Ulrico Zwinglio, Hernán Cortés, Juan Bautista Ramusio, Andrea del Sarto, Pedro de Alvarado, Ulrico van Hutten, Hernando Colón, Alfonso y Juan de Valdés, Juan Ginés de Sepúlveda. Van a la acción para cumplir con su vocación renacentista, pero precisamente ésta, al llegar hasta el extremo, es la que pone en crisis al propio Renacimiento.

2. *Generación de 1528. Renacimiento-manierismo.* Los primeros que debieron enfrentar a la crisis. Nacidos alrededor de 1498 (entre 1491 y 1505). Por

Ya señalé que a lo que aquí quiero dedicar mi atención es al análisis de cómo una mujer de aquella época, Teresa Ahumada de Cepeda, santa Teresa de Jesús, religiosa española nacida en Ávila durante 1515 y fallecida en Alba de Tormes en el curso de 1582, autora de una austera reforma a la orden del Carmelo a la que

ejemplo Enrique VIII, san Ignacio de Loyola, Juan Luis Vives, Francisco de Vitoria, Bernal Díaz del Castillo, Francisco I, Gonzalo Jiménez de Quesada, Hans Holbein el Joven, Melanchton, fray Bernardino de Sahagún, Carlos V, Benvenuto Cellini, Gonzalo Pizarro, Garcilaso de la Vega, Miguel de Nostradamus, san Pío V, fray Luis de Granada y Juan Knox. Es la primera generación a la que le toca enfrentarse a la quiebra del Renacimiento, producto de la acción de la generación anterior.

3. *Generación de 1543. Manierismo*. “Los locos”. Nacidos alrededor de 1513 (entre 1506 y 1520). Por ejemplo San Francisco Xavier, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, el duque de Alba, fray Alonso de la Veracruz, Melchor Cano, Juan Calvino, san Francisco de Borja, Miguel López de Legazpi, Miguel Servet, Luis de Velasco padre, Jorge Vasari, Andrés Vesalio, Francisco Cervantes de Salazar, santa Teresa de Jesús, María Tudor, Francisco Hernández, Lope de Aguirre, Tintoretto, Catalina de Médicis, Gutierre de Cetina y Jorge de Montemayor. Acción apasionada, “fanática” a veces. Admiradores de las grandes acciones consumadas por sus antecesores, tratan a toda costa de seguir su ejemplo en la nueva situación en la que les ha tocado vivir.

4. *Generación de 1558. Manierismo*. Escépticos moderados. Nacidos alrededor de 1528 (entre 1521 y 1535). Por ejemplo Joaquín du Bellay, Francisco Clouet, Martín Cortés, fray Diego de Landa, Pedro de Ronsard, Pedro Brueghel el Viejo, Luis de Camoens, fray Jerónimo de Mendieta, Palestrina, fray Luis de León, Felipe II, el Veronés, Iván el Terrible, Juan Bodino, Juan Nicot, Baltasar del Alcázar, Luis de Velasco hijo, Luis de Molina y Miguel de Montaigne. Los grandes decepcionados de la obra del Renacimiento, cuyas magníficas realizaciones no pueden, de todos modos, menos que reconocer. De vuelta de las cosas, frente al apasionamiento muestran un irónico humor.

5. *Generación de 1573. Manierismo*. “En búsqueda de la locura”. Nacidos alrededor de 1543 (entre 1536 y 1550). Por ejemplo Tomás Sackville, Juan de Mariana, fray Diego Durán, Juan Suárez de Peralta, Juan Bautista Guarini, Inca Garcilaso de la Vega, José de Acosta, José Julio Escalígero, Tomás Luis de Victoria, Pedro Charron, María Estuardo, san Juan de la Cruz, Domingo Fontana, Torcuato Tasso, Juan de Austria, Alejandro Farnesio, Francisco Drake, Tycho Brahe, Mateo Alemán, Miguel de Cervantes, Giordano Bruno,

perteneciera, se sintió inmersa en ese mundo del manierismo y, a partir de su condición de ferviente católica y de española convencida de la empresa nacional sostenida por España en ese entonces, supo exponer, en sus escritos, una manera de salvar la crisis que lo caracteriza.

Gonzalo Argote de Molina, Francisco Suárez, Baltasar Echave Orío el Viejo y Antonio de Herrera. Gusto por las exageraciones y deformaciones artísticas, a través de las cuales pretenden aproximarse mejor a la realidad.

6. *Generación de 1588. Manierismo*. “Como gustéis”. Nacidos alrededor de 1558 (entre 1551 y 1564). Por ejemplo Gabriel Vázquez, Edmundo Spencer, Boris Godunov, Walter Raleigh, duque de Lerma, Francisco Sanches, Enrique IV de Francia, Mateo Ricci, Felipe Sydney, Bernardo de Vargas Machuca, Juan de Sponde, Agostino y Annibale Carracci, Cristóbal Pérez de Herrera, Lupercio y Bartolomé Juan Leonardo de Argensola, el conde de Tilly, Juan Salinas de Castro, Prudencio de Sandoval, José de Valdivieso, Francisco Bacon, Luis de Góngora y Argote, Jacobo Peri, Sanctorius, Lope de Vega, Cristóbal Marlowe, William Shakespeare, Pedro Brueghel el Joven, Galileo Galilei, Hendrik Keyser y Alejandro Tasson. Escepticismo muy explícito pero que no rehuye la acción, sino que más bien procura enajenarse en ella.

7. *Generación de 1603. Manierismo*. Exaltación de las formas. Nacidos alrededor de 1573 (entre 1566 y 1580). Por ejemplo Jacobo I, san Francisco de Sales, príncipe de Orange, Samuel de Champlain, Claudio Monteverdi, Bernardo de Balbuena, Tomás Campanella, Bautista Marini, Ambrosio Spíndola, Guillén de Castro, Juan Kepler, Tomás Mun, Ben Jonson, el Caravaggio, María de Médicis, Antonio Mira de Amescua, Guido Reni, Juan Solórzano Pereira, Rodrigo Caro, Gregorio Fernández, Pedro Pablo Rubens, Felipe III, Guillermo Harvey, Luis Vélez de Guevara, el conde de Villamediana, Juan Ruiz de Alarcón, Francisco de Quevedo y Francisco Hals. La angustia provocada por la crisis del Renacimiento se expresa en ellos con una exacerbación de las formas, grandilocuencia, fastuosidad, ingenio, retórica.

8. *Generación de 1613. Manierismo*. La acción por la acción. Nacidos alrededor de 1588 (entre 1581 y 1595). Por ejemplo san Vicente de Paúl, Alonso de Contreras, Alberto Wenzel, Eusebio von Wallenstein, Juan Hugo de Grocio, Francisco de Rioja, Diego de Saavedra Fajardo, Tirso de Molina, Cornelio Jansen, cardenal Richelieu, conde-duque de Olivares, Gaspar de Villarroel, Tomás Hobbes, José de Villaviciosa, Esteban Manuel Villegas, Theophile de Viau, Willebrord Shel van Royen, Gaspar Gerardo Demarques, Nicolás Pussin. Los distingue un intento desesperado por salir de la crisis; ante la

Para eso, me he de basar exclusivamente en uno de los textos redactados por ella, el *Libro de su vida*,⁷ el cual compuso por mandato de su confesor y que terminó de escribir por 1562, a los 47 años de edad. Lo he escogido porque es, creo, la obra suya en la que más explícitamente declara su auténtico ser y sentir personal. El libro es, en resumen, la narración que hace de las *mercedes y gracias* que el Señor ha obrado en ella, con el propósito declarado de enseñar a los que lo leyeren que Dios es bueno y amoroso; que es el único consuelo en este mundo, que Cristo y la Iglesia son las únicas verdades a las que es posible adherirse incondicionalmente.

persistencia de ella continúan con la acción, buscando una fórmula para solucionarla.

9. *Generación de 1633. Manierismo-barroco.* Planteamiento para la solución de la crisis. Nacidos alrededor de 1603 (entre 1596 y 1615). Por ejemplo René Descartes, Francisco Zurbarán, Juan Lorenzo Bernini, Oliverio Cromwell, Diego de Velázquez, Carlos I de Inglaterra, Juan de Palafox y Mendoza, Pedro Calderón de la Barca, Luis XIII, Baltasar Gracián, Ana de Austria, Alonso Cano, Julio Mazarino, Felipe de Champaigne, Abel Janesoon Tasman, Felipe IV, Harmensz van Ryn Rembrandt, Germán Conring, Pedro Corneille, Evangelista Torricelli, Juan Milton, Gabriel Bocángel y Unzueta, Pablo Scarron y Antonio de Solís. A partir de la conciencia de la problemática manierista, se empieza a postular una solución definitiva para ella.

10. *Generación de 1648. Manierismo-barroco.* De espaldas a la crisis. Nacidos alrededor de 1618 (entre 1611 y 1625). Por ejemplo Richard Crashaw, Luis de Vau, Antonio Arnauld, duque de la Rochefoucauld, Salvador Rosa, Inocencio XII, Bartolomé Esteban Murillo, Nicolás Antonio, Abraham Cowley, Agustín Moreto, Juan Bautista Colbert, Juan Jacobo Cristóbal Grimmelhausen, Andrew Marvell, Juan de la Fontaine, Molière, Juan de Valdés Leal, Blas Pascal, Jorge Fox. No es que se olvide la crisis del manierismo, sino que muy conscientemente se le pretende olvidar. Predominio del sentimiento sobre la razón, de lo efectivo sobre lo reflexivo, de lo aparente sobre lo oculto.

⁷ La edición de este libro que consulté es la que se publicó junto con *Las moradas*, 2ª. ed., con biografía de la santa por Juana de Ontañón, México, Porrúa, 1972 ("Sepan cuantos...", 50), 314 pp., pp. 105-306. A ella se refieren todas las citas que transcribo.

Como ella, así lo entendió fray Luis de León, que en una carta que dirigió a las carmelitas descalzas del monasterio de Madrid se identifica con la santa para decir:

quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles que le siguen, y en la porfía de tantos pueblos herejes, que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles que son de su bando, para envilecerle, y hacer burla de él, ponerle delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una pobre mujer que le desafiase y levantase banderas contra él.⁸

Y agrega que “la regla de la vida es la doctrina de la Iglesia, y lo que tiene Dios revelado en sus libros, y lo que dicta la sana y verdadera razón.”⁹

La intención de la santa de Ávila en esta obra es, pues, la de convertir, llevar a Dios a los que la leyeren; no cree hablar en su nombre, sino en el de su Creador: “Créanme, crean por amor del Señor a esta hormiguilla, que el Señor quiere que hable”,¹⁰ dice, y pide que le hagan caso en lo que dice, que Dios le ha revelado muchas cosas; su anhelo es el de la conversión de todos: “Por un punto de aumento en la fe, y de haber dado luz en algo a los herejes, perdería mil reinos y con razón [...], que con sólo una gota que gusta un alma de esta agua de él, parece asco todo lo de acá.”¹¹

La respuesta definitiva dada al manierismo por la Iglesia Católica en la definición dogmática de Trento, según Hauser, corresponde más al barroco que al manierismo. Sin embargo, además de ser muy confusa —como ya se apuntó párrafos atrás—, la separación tajante entre estos dos tiempos sucesivos de la historia occidental, puesto que ambos participan de la misma crisis de ésta, la respuesta teresiana, cronológicamente paralela al Concilio, al es-

⁸ *Ib.*, pp. 107-108.

⁹ *Ib.*, p. 111.

¹⁰ *Ib.*, p. 251.

¹¹ *Ib.*, p. 198.

tar llena del espíritu paradójico del manierismo, queda por derecho propio enmarcada en el cuadro general de éste.

Del esquema de generaciones expuesto en la nota 6 se desprende que Teresa de Ávila corresponde a la primera exclusivamente manierista, ya no de transición desde el Renacimiento, y la cual se caracteriza por la exaltación y el apasionamiento de sus miembros, alguno de los cuales rayó en la auténtica locura patológica, así el célebre vasco Lope de Aguirre conocido como *el Tirano* o —precisamente— *el Loco*, que desde la mitad de la selva amazónica se dirigiera en rebeldía de tú a tú al rey de España y que pretendiera erigirse en tronco de una estirpe personal engendrada por él en su misma hija. Creo que podremos ubicar mejor a la persona de la escritora y fundadora abulense si la recordamos coetánea también del extremado aventurero Cabeza de Vaca, el exaltado combatiente duque de Alba, los apasionados poetas Gutierre de Cetina o Jorge de Montemayor, aquellos jesuitas Franciscos —Xavier y Borja— que hicieron representación cuasi teatral de su santidad e incluso los radicalmente rígidos e inflexibles protestantes —el enemigo por antonomasia para la carmelita reformadora— Juan Calvino o Miguel Servet.

Vaya aquí un ejemplo literario de cómo aquellos europeos surgidos a la vida pública hacia 1543 fueron ardorosos en su manera de manifestarse a sí mismos, en un estilo que detrás de la fervorosa demostración del yo deja ya entrever el desencanto, la oculta convicción en la imposibilidad de conseguir el bien deseado. Se trata del archiconocido madrigal del sevillano Gutierre de Cetina, alguna vez presente en la Nueva España (¿1518-1554?):

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuando más piadosos,
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!

Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.

A continuación, presento la manera en que, como yo lo veo, la madre Teresa, a partir de una profunda conciencia de la situación de crisis cultural y espiritual del tiempo en que vivió, quiso y pudo trascender ésta a través de una desesperada reafirmación en sus creencias católicas tradicionales. Mi acercamiento a este proceso lo he dividido en tres etapas: 1. La forma en que ella se dio cuenta de la situación de su tiempo; 2. La manera en que pretendió resolverla acogiéndose a las instancias de católica y de española que tenía a su alcance; y, finalmente, 3. Cómo fue que, aun después de su regreso a la firme posición tradicionalista por ella asumida, siguió conservando “estilos manieristas” que de nuevo la emparejan con sus contemporáneos.

LA RESPUESTA DE TERESA DE ÁVILA

1. *LA VIDA EN EL MUNDO MANIERISTA. CONCIENCIA DE LA ENAJENACIÓN*

La primera característica manierista de la que nos damos cuenta al leer la *Vida* de santa Teresa es la relativa a su personalismo; el punto de donde arranca su conocimiento es la propia experiencia personal, y en esta basa todo lo que dice:

Ansí que vuesa merced, hasta que halle quien tenga más espiriencia que yo, y lo sepa mejor, estése en esto.¹²

Esto ellos lo dirán; yo digo lo que ha pasado por mí como me lo mandan.¹³

¹² *Ib.*, p. 205.

¹³ *Ib.*, p. 151.

Lo que ella sabe porque Dios se lo ha dicho, porque es su propia experiencia, no lo sabría explicar por sí sola, y si lo puede dar a entender es nada más por gracia divina:

No sé si entiendo lo que digo, porque, como he dicho, juzgo por mí.¹⁴

[...] si su Majestad no me hubiera dado a entender por qué modos y maneras se puede algo decir, yo no supiera.¹⁵

La primera experiencia de la santa en relación con el mundo de su tiempo es de desilusión; ve que todo es cambiante, que no hay nada en qué poder confiar. La gente está enajenada —esto lo entiende muy bien—, ha puesto sus esperanzas en cosas que, en realidad, no tienen verdadera importancia. El mundo en el que vive, se da cuenta, está perdiendo toda noción de trascendencia:

Yo nó sé en qué ha de parar porque aún no he cincuenta años, y en lo que he vivido he visto tantas mudanzas, que no sé vivir.¹⁶

¡Oh válame Dios, y qué vida esta tan miserable! No hay contento seguro, ni cosa sin mudanza.¹⁷

[...] está toda la vida llena de engaños y dobleces[...] No hay ya quien viva en tanto tráfico, en especial si hay algún poco de interese.¹⁸

No está ya el mundo para sufrir tanta perfección.¹⁹

¿Qué es esto que se compra con estos dineros que deseamos? [...] Muchas veces se procura con ellos el infierno, y se compra fuego perdurable y pena sin fin.²⁰

En este mundo cambiante, ni siquiera la Iglesia ha mantenido incólume su unidad y, aparentemente cuando menos, está en peligro. Hay muchos malos cristianos que hacen poco honor a su fe; y

¹⁴ *Ib.*, p. 172.

¹⁵ *Ib.*, p. 191.

¹⁶ *Ib.*, p. 284.

¹⁷ *Ib.*, p. 275.

¹⁸ *Ib.*, p. 198.

¹⁹ *Ib.*, p. 228.

²⁰ *Ib.*, p. 197.

si bien los protestantes tienen culpa en su herejía, hay que reconocer que entre los mismos católicos hay mucha perdición, asegura. Con todo y que la vida religiosa es la más perfecta, ve Teresa que ésta consiste en algo más que en el simple hecho de vestir un hábito:

Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia, pues los que habían de ser los dechados para que todos sacasen virtudes, tienen tan borrada la labor, que el espíritu de los santos pasados dejaron en las religiones. Plega la divina Majestad, ponga remedio en ello, como ve que es menester, amén.²¹

[...] no está el ser fraile en el hábito, digo, en traerle, para gozar del estado de más perfección, que es ser fraile.²²

En estas últimas palabras nos encontramos con una respuesta muy típica a lo que el Renacimiento, por boca de Erasmo, había dicho; pretende Teresa que es cierto que no por el hecho de tomar un hábito se es mejor que los demás; pero la vida que los religiosos debían llevar, la pura vida religiosa, sí es el estado perfecto, el mejor modo de vida.

Tampoco puede ella fiarse de la naturaleza humana, sujeta a tantos errores, y exclama, por ejemplo:

[...] nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo.²³

[...] si hubiese de decir los yerros que he visto suceder, fiando en la buena intención, nunca acabaría.²⁴

Y menos que en nadie, puede tener confianza en ella misma; es plenamente consciente de su propia flaqueza. Se ha perdido la ilimitada confianza que en sus propias posibilidades tenía el hombre del Renacimiento:?

²¹ *Ib.*, p. 137.

²² *Ib.*, p. 292.

²³ *Ib.*, p. 204.

²⁴ *Ib.*, p. 163.

[...] basta ser mujer para caérseme las alas, cuanto más mujer y ruin.²⁵

Verdad es, que yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos.²⁶

¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie culpa sino yo!²⁷

[...] mas si me dejara, hiciera el mal que hacía en los demás, que de mi ninguna cosa hay que fiar.²⁸

Al mismo tiempo que se da cuenta de sus defectos, ella quería ser buena. Por un lado está su deseo; por el otro, la realidad de que, por sí misma, no puede nada:

[...] estoy hecha una imperfección, si no es en los deseos.²⁹

No digo yo que soy ésta, mas querríalo ser.³⁰

Intuye que lo que pasa es que en su propia persona luchan dos principios, el bien y el mal. Su alma está presa en un cuerpo imperfecto que no la deja ir directamente a donde la llama el Señor. Y cree que el demonio aprovecha esta lucha interna para tentarla y alejarla de la salvación. Esta es una paradoja muy manierista, el sentimiento de que en el propio interior se verifica una lucha radical entre dos principios opuestos: lo bueno y lo malo, el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo, Dios y el diablo:

que somos tan miserables, que participa esta encarceladita de esta pobre alma de las miserias del cuerpo [...]³¹

[...] conocí ser aquella visión un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender a la triste alma.³²

²⁵ *Ib.*, p. 152.

²⁶ *Ib.*, p. 142.

²⁷ *Ib.*, p. 125.

²⁸ *Ib.*, p. 129.

²⁹ *Ib.*, pp. 243-244.

³⁰ *Ib.*, p. 178.

³¹ *Ib.*, p. 157.

³² *Ib.*, p. 297.

[...] diré aquí [...] la batería que da el demonio a un alma para ganarla, y el artificio y misericordia con que el Señor procura tornarla a sí [...] ³³
[...] en fin pudo más el ángel bueno que el malo [...] ³⁴

Es decir, que a este mundo no hay que creerle. La invade entonces una angustia inmensa, un terrible no saber qué hacer, un no tener para qué vivir; es plenamente partícipe de la crisis existencial que fue el manierismo, y tiene que gritar, al perder apoyo en la vida:

A mí ningún consuelo me bastaba [...] ³⁵
Torno a decir, que cierto yo no sabía cómo vivir [...] ³⁶
¡No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto! ³⁷

A. *ENCUENTRA EN DIOS LA SOLUCIÓN AL INCIERTO MUNDO EN EL QUE LE HA TOCADO VIVIR*

Pero de pronto todo se ilumina, y la madre Teresa encuentra dentro de la más pura tradición de la cultura europea una solución a los problemas de la época: reencuentra a Dios. Dios, en su infinito amor se le aparece de nuevo como el único apoyo firme en el que se puede confiar. Y la castellana vieja hunde su humana insignificancia en el seguro resguardo que es la certidumbre del amor divino:

Mas no dejó el Señor padecer a su pobre sierva, porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer. ³⁸

³³ *Ib.*, p. 145.

³⁴ *Ib.*, p. 264.

³⁵ *Ib.*, p. 220.

³⁶ *Ib.*, p. 284.

³⁷ *Ib.*, p. 135.

³⁸ *Ib.*, p. 275.

[...] llegar más cerca de la verdadera virtud, de donde todas las virtudes vienen, que es Dios.³⁹

El que os ama de verdad, Bien mío, seguro va, por ancho camino y real; lejos está el despeñadero.⁴⁰

[...] no me parecía, sino que poseía toda la riqueza del mundo, en determinándome a vivir de por amor de Dios.⁴¹

[...] parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien.⁴²

Asida ya fuertemente a Dios, viene a comprender que todo lo demás del mundo y de los hombres no es sino vanidad, que absolutamente todo adquiere en Él su único sentido y que en relación a esta verdad es como hay que enderezar la vida para que adquiera su real significación; lo que no sea vivir en relación con Dios y su servicio es vano y absurdo:

¡Oh, váleme Dios, qué ceguedad es ésta que yo he traído!⁴³

[...] vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada y la vanidad del mundo, y como acababa en breve y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado; y en sí poco a poco me determiné a forzarme para tomarle.⁴⁴

[...] parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden gozar con ello, pues son eternos.⁴⁵

[...] no quiero mundo, ni cosa de él, ni me parece me da contento cosa que no salga de vos, y lo demás me parece pesada cruz.⁴⁶

[...] fue grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá [...]⁴⁷

³⁹ *Ib.*, p. 168.

⁴⁰ *Ib.*, p. 272.

⁴¹ *Ib.*, p. 270.

⁴² *Ib.*, p. 287.

⁴³ *Ib.*, p. 303.

⁴⁴ *Ib.*, p. 123.

⁴⁵ *Ib.*, p. 123.

⁴⁶ *Ib.*, p. 135.

⁴⁷ *Ib.*, p. 286.

Vida y muerte adquieren en la revelación de la amorosa presencia divina un nuevo significado:

[...] que una de las mentiras que dice el mundo, es llamar señores a las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas.⁴⁸
Quedóme también poco miedo a la muerte, a quien yo siempre temía mucho [...]⁴⁹

Y su Dios, como queda dicho, es el Dios de los cristianos, el Dios que, por amor a los hombres, se hizo Hombre. En la Redención que del género humano realizó por su Encarnación y su Pasión, ha recibido el hombre toda una nueva grandeza que hace de él alguien, que le da un sentido. Y es muy de notar el énfasis manierista que pone santa Teresa en esta contradicción de Jesucristo: Dios-Hombre que, por sus sufrimientos aceptados, está enseñando a los hombres un sentido para su humanidad y para sus sufrimientos, en el camino hacia la salvación:

[...] veo yo claro y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita [...] He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.⁵⁰

Es gran cosa, mientras vivimos y somos humanos, traerle humano.⁵¹

[...] en tiempo de sequedades, es muy buen amigo Cristo, porque le miramos hombre, y vémosle con flaquezas y trabajos.⁵²

Y cree santa Teresa en el Cristo que permanece con los hombres en la Iglesia; en ésta tiene la abulense una fe ilimitada, de modo que considera en más las enseñanzas de ella que sus pro-

⁴⁸ *Ib.*, p. 264.

⁴⁹ *Ib.*, p. 286.

⁵⁰ *Ib.*, p. 204.

⁵¹ *Ibidem.*

⁵² *Ib.*, p. 295.

pías revelaciones: lo que de éstas no corresponda a lo que la Escritura y el Magisterio dicen tendrálo por mera tentación del demonio. Consecuentemente, también tiene plena confianza en lo que los teólogos de la Iglesia afirmen; si no fuera por ellos, ¿en qué poder creer en estos tiempos de crisis en que tantos errores han propagado los herejes protestantes?:

[...] de tal manera creo ser verdadera la revelación, como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura, u contra las leyes de la Iglesia, que somos obligados a hacer [...]⁵³

[...] si fuere conforme a las verdades de nuestra santa fe católica; y si no, vuesa merced lo queme luego, que yo a esto me sujeto [...]⁵⁴

[...] es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos y nos dan luz; y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos: de devociones a bobas nos libre Dios.⁵⁵

¿Qué seríamos sin ellos [-los letrados-], entre tan grandes tempestades como tiene ahora la Iglesia?⁵⁶

Ha encontrado el alma de Teresa un apoyo firme en Dios, respuesta a todas sus angustias existenciales. Pero la humana naturaleza es débil; el mundo sigue llamando, el demonio tentando. Y es así que la abulense se siente, a pesar de haber ya aceptado la ruta hacia Dios, presa todavía en el torbellino del mundo y de sus seducciones: paradoja de esta alma prisionera en un cuerpo. Es necesario renunciar, definitivamente, sin volver atrás la vista, a todo lo que no sea Dios:

Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigos uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, y gusto y pasatiempos sensuales.⁵⁷

⁵³ *Ib.*, p. 257.

⁵⁴ *Ib.*, p. 152.

⁵⁵ *Ib.*, p. 165.

⁵⁶ *Ib.*, p. 166.

⁵⁷ *Ib.*, p. 149.

Sé decir que es una de las vidas penosas, que me parece se puede imaginar; porque, ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios las aficiones del mundo me desasosegaban [...]⁵⁸

Para salir definitivamente de las preocupaciones y afanes mundanales —afirma Teresa de Jesús—, hay que conocer los defectos de la propia naturaleza y pedir a Dios con sinceridad que ayude a superarlos. El mejor modelo de desasimiento es el de la vida de Cristo mismo:

Acordéme del juicio de Cristo, y vi cuán nonada era aquél.⁵⁹

Y a manera de exclamación también me dijo: “¡oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno, por no tener adónde me meter?”⁶⁰

[...] en tomando a la oración y mirando a Cristo en la cruz tan pobre y desnudo, no podía poner a paciencia ser rica [...]⁶¹

El camino hacia la salvación, como Cristo crucificado enseña, es camino de sufrimiento. Cristo padeció infinitamente por redimir a los hombres, ¿por qué no, entonces, sufrir algo por Él? Contra la creencia protestante de que la felicidad en la vida, “el éxito”, es garantía de que se es de los predestinados, santa Teresa entiende que precisa sufrir la contradicción a las inclinaciones terrenales para saber, no que se es uno de los elegidos a la justificación, puesto que todos están llamados a ella, pero sí que se está en el buen camino para, por uno mismo, conseguirla. Y es que la santa sabe que sufrir es desapegarse del mundo, purificar el alma de todo lo mundano. El único modo de llegar a Dios es a través del crisol de los padecimientos:

⁵⁸ *Ib.*, p. 143.

⁵⁹ *Ib.*, p. 276.

⁶⁰ *Ib.*, p. 261.

⁶¹ *Ib.*, pp. 269-270.

como vía de los martirios, que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo [...] ⁶²

[...] de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantito más de entender las grandezas de Dios. ⁶³

Señor, u morir u padecer. ⁶⁴

Porque cada quien tiene una cruz que llevar, una vocación que realizar a través de las dificultades. El infinito amor de Dios ha previsto un camino diferente para cada uno, el cual consistirá, en cada caso particular, en el cumplimiento de una cruz, de un morir al mundo para renacer en Él. Por eso, a partir de la común revelación a todos los hombres que es la Iglesia, la vida cristiana puede tener infinidad de variantes personales: a cada quien, en su particular situación individual, la que Cristo le muestre. Pero siempre será en el sentido de muerte al mundo, de sacrificio, que debe ser el camino de perfección:

Pensaba qué podría hacer por Dios, y pensé que lo primero era seguir el llamamiento, que su Majestad me había hecho a la Religión, guardando mi regla con la mayor perfección que pudiese [...] ⁶⁵

Que, ¿con placeres y pasatiempos hemos de gozar lo que Él nos ganó a costa de tanta sangre? ⁶⁶

¡Oh gran cosa es adonde el Señor da esta luz, de entender lo mucho que se gana en padecer por Él! ⁶⁷

Otros irán, como he dicho, por otro atajo [...] ⁶⁸

[...] primeros y medianos y postreros, todos llevan sus cruces, aunque diferentes; que por este camino que fue Cristo han de ir los que le siguen, si no se quieren perder: y bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida tan

⁶² *Ib.*, p. 117.

⁶³ *Ib.*, p. 281.

⁶⁴ *Ib.*, p. 304.

⁶⁵ *Ib.*, p. 255.

⁶⁶ *Ib.*, p. 227.

⁶⁷ *Ib.*, p. 267.

⁶⁸ *Ib.*, p. 205.

sobradamente se pagan ⁶⁹.

[...] vive vida trabajosa y siempre con cruz, mas va en gran crecimiento [...] ⁷⁰

Y el cumplimiento de la cruz personal, según la santa castellana vieja, debe ser con heroísmo, con un heroísmo que parezca locura. Debe el alma vivir su sacrificio hasta la totalidad de dejar cualquier otro criterio de vida: en Cristo está la salvación, la salida a este mundo absurdo, ¿qué otra cosa sino perder toda la libertad en Él? No importa parecer ridículo a los demás, o loco; la vida tiene su único sentido en el sacrificio, en la Cruz, en el morir al mundo para renacer a la vida eterna. Es necesario perder la razón, enloquecer de amor divino para encontrar la verdadera razón, que es Cristo:

La voluntad con sosiego y cordura [...] y no haga caso del entendimiento, que es un moedor. ⁷¹

Fáltame todo, Señor mío, mas si vos no me desamparáis, no os faltaré yo a vos. Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atórménmenne los demonios, no me faltéis vos, Señor, que ya tengo espiriencia de la ganancia con que sacáis a quien en sólo vos confía. ⁷²

[...] ¿de qué temo? ⁷³

¡Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo! ¡oh mundo, mundo, cómo vas ganando en haber pocos que te conozcan! ⁷⁴

Este es el quijotismo de Teresa de Jesús, castellana radical: todo o nada, heroísmo hasta la locura; enajenarse en Dios, en el cumplimiento de una vocación para salvarse en y de este mundo manierista. Hay en este sentimiento, como se ve, nostalgia de un pasado glorioso, pero una nostalgia que al serlo incita a la acción,

⁶⁹ *Ib.*, p. 154.

⁷⁰ *Ib.*, p. 200.

⁷¹ *Ib.*, p. 172.

⁷² *Ib.*, p. 220.

⁷³ *Ibidem.*

⁷⁴ *Ib.*, p. 227.

que es ejemplo a seguir, ahora. Y la santa, por eso, venera tanto a quien en sus días pudo realizar este ideal de vida total hacia Dios, como san Pedro de Alcántara, quien murió de tal manera al mundo y cuidaba tan poco de su sustento corporal que fue “tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles”.⁷⁵

A través de una divina locura de heroicidad en el sacrificio, de morir totalmente a todo lo que no sea Dios, la santa llega a la experiencia mística, al perder del todo su propia personalidad en el amor divino; y eso, reconociendo todavía lo poco que es el hombre en comparación con su Creador:

cuando más procuraba divertirme, más me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria, que parecía todo me rodeaba, y que por ninguna parte podía huir, y así era.⁷⁶

¡Qué es esto, Señor mío, en tan peligrosa vida hemos de vivir! que, escribiendo estoy y me parece que con vuestro favor y por vuestra misericordia podría decir lo que san Pablo, aunque no con esa perfección —Que no vivo en mí yo ya, sino que Vos, Criador mío, vivís en mí, según ha algunos años que, a lo que puedo entender, me tenéis en vuestra mano, y me veo con deseos y determinaciones [...] de no hacer cosa contra vuestra voluntad, por pequeña que sea, aunque debo hacer tantas ofensas a vuestra Majestad sin entenderlo.⁷⁷

[...] y daba muchos loores a Dios, porque no me parecía conocía mi alma, según la vía trocada.⁷⁸

Quered ahora, Rey mío, suplícooslo yo, que pues cuando esto escribo, no estoy fuera de esta *santa locura celestial* por vuestra bondad y misericordia, que tan sin méritos míos me hacéis esta merced, que lo estén todos los que yo tratate locos de vuestro amor, u primitáis que no trate yo con nadie, u ordenad, Señor, cómo no tenga yo cuenta en cosa del mundo, u me sacad de él.⁷⁹

Suplico a vuesa merced seamos todos locos, por amor de quien por nosotros se lo llamaron.⁸⁰

⁷⁵ *Ib.*, p. 288.

⁷⁶ *Ib.*, p. 213.

⁷⁷ *Ib.*, p. 134.

⁷⁸ *Ib.*, p. 287.

⁷⁹ *Ib.*, p. 177. *Cursivas mías.*

⁸⁰ *Ibidem.*

Creamos, es todo para más bien nuestro; guíe su Majestad por donde quisiere, ya no somos nuestros, sino suyos.⁸¹

Hay que perderse, pues, en Cristo, dejar de ser uno mismo para ser Él, que Él no lo abandonará. Sólo así los hombres y las mujeres, que no son nada, llegarán a ser algo. Éste es el grito desesperado de amor y de entrega que, en su éxtasis, lanza santa Teresa. Otra vez aparece aquí la locura, tema clave del manierismo; y la inmortal abulense nos habla de volverse “loca de amor” por Jesús. Dios la ama, ¡habrá de perderse en su amor!:

¿Qué se me da, Señor, a mí, de mí, sino de Vos?⁸²

Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien le tiene ansí. Yo sé persona, que con no ser poeta [—¿ella misma?—] le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien; no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella a su Dios. Todo su cuerpo y alma querría se despedazase por mostrar el gozo, que con esta pena siente.⁸³

[...] con un estilo abobado, que muchas veces sin saber lo que digo trato; que el amor es el que habla.⁸⁴

Perdido en el infinito amor de Dios, el espíritu ya no tiene sino que seguir, para siempre, por esta senda que da sentido al vivir:

Y pues este es el verdadero camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro, hasta que se nos acabe la vida.⁸⁵

En fin, que la entrega hecha de ella misma al Creador no puede ser sino correspondida:

⁸¹ *Ib.*, p. 156.

⁸² *Ib.*, p. 298.

⁸³ *Ib.*, p. 177.

⁸⁴ *Ib.*, p. 264.

⁸⁵ *Ib.*, p. 178.

ver, que en un muladar tan sucio y de mal olor, hiciese huerto de tan suaves flores.⁸⁶

[...] una vez estando en oración me dijo, que era esta casa paraíso de su deleite.⁸⁷

A pesar de haber ya disfrutado el alma del incomparable tesoro que es el amor de Dios, la flaqueza del cuerpo se resiste, y no corresponde el hombre a todo el bien que el Señor le hace. Aparece aquí de nuevo la conciencia de la paradoja central del manierismo: lo material, impidiendo el desarrollo pleno de lo espiritual; la ruindad del hombre, que no acaba de dejarlo todo para mejor gozar del único bien real que es la vida en Dios. Santa Teresa de Ávila se da muy bien cuenta de esta paradoja, y sufre por ella, y le pide a Dios nunca la abandone al mundo, a pesar de todas las veces que ella ha sido débil en su gratitud a Él, que le ha dado todo:

¿Es posible, Señor, que haya un alma que llegue a que le hagáis mercedes semejantes y regalos, y a entender que vos os holgáis con ella, que os tome a ofender después de tantos favores, y tan grandes muestras del amor que le tenéis, que no se puede dudar, pues se ve clara la obra? Sí hay por cierto, y no una vez sino muchas, que soy yo.⁸⁸

Yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar de ellas.⁸⁹

Con estas lagrimillas, que aquí lloro, dadas de vos, parece que os hago pago de tantas traiciones; siempre haciendo males y procurándoos deshacer las mercedes que vos me habéis hecho.⁹⁰

¡Oh Señor mío!, pues parece tenéis determinado que me salve, plega a vuestra Majestad sea así, y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuviérades por bien, no por mi ganancia sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada, adonde tan continuo habíades de morar? Fatígame Señor, aun decir esto, porque sé que fue mía toda la culpa; porque

⁸⁶ *Ib.*, p. 152.

⁸⁷ *Ib.*, p. 271.

⁸⁸ *Ib.*, p. 169.

⁸⁹ *Ib.*, p. 117.

⁹⁰ *Ib.*, p. 187.

no me parece os quedó a vos nada por hacer.⁹¹

Con regalos grandes castigábades mis delitos.⁹²

[...] no tornar a las ollas de Egipto. Y si por su flaqueza y maldad y ruín y miserable natural cayeren, como yo hice, siempre tengan delante el bien que perdieron [...] esto llamo yo verdadera caída, la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien.⁹³

Teresa reconoce, y da a entender a los que la escuchan, que todas las mercedes que Dios hace a los hombres son sin méritos de éstos: sólo es su amor el que los obra. Dios, es cierto, es el sentido de la vida de los hombres, pero es tan grande la distancia entre lo Divino y lo humano, que si no fuera por el amor infinito de Dios, que se hizo Hombre por redimirlos, quedarían los hombres sumidos en su no ser nada. Y exclama agradecida:

Bendito seáis, Señor mío, que así hacéis de pecina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seáis alabado, oh regalo de los ángeles, que así queréis levantar un gusano tan vil.⁹⁴

B. TERESA, ASIDA A DIOS, CONSERVA EN SU VIDA “ESTILOS MANIERISTAS”

Así, en santa Teresa se ha resuelto personalmente la crisis del mundo manierista al ampararse en Dios. Su vida individual, saliendo de la enajenación social en que se encontraba, ha adquirido en Cristo sentido. Sin embargo, nos encontramos con que, en la mística teresiana, en la amorosa total entrega que hace de su alma al Creador, por lo que este darse tiene de suprarrazional, de trascendente de lo mundano, perviven muchas actitudes manieristas,

⁹¹ *Ib.*, p. 118.

⁹² *Ib.*, p. 141.

⁹³ *Ib.*, p. 171.

⁹⁴ *Ib.*, p. 186.

paradójicas. Se ha encontrado un sentido a la existencia, pero no se ha vuelto al Renacimiento ni a la Edad Media; ya no es posible creer absolutamente en los valores de esos tiempos, no existe ya la confianza ilimitada en la Razón, por ejemplo. La santa, en su experiencia mística, sigue viviendo, aunque ya en otro plano, la convicción manierista de que es en lo contradictorio, en la paradoja, en la locura, en donde se ha de encontrar la verdad. Todo es multivalente: razón, sentimiento y sensualidad, pena y gozo, actividad y quietud, oración y caridad, vida y muerte; todo, si se relaciona con el cumplimiento de la personal vocación, tiene validez. Dios no puede estar sujeto a ninguna ley, puesto que Él las ha dado. Todas las cosas y todas las actitudes, por contradictorias que parezcan, pueden tener sentido en Él solo.

Por ejemplo, la santidad se puede alcanzar lo mismo por la actividad que en la quietud, e incluso, quizá en donde mejor se logre seá en una vida que, en el mismo momento, reúna estas dos actitudes. Dice así la santa castellana, por ejemplo, de un modo de oración:

[...] que está la voluntad atada y gozando, y en mucha quietud está sola la voluntad, y están por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad.⁹⁵

[...] en esta oración puede también ser Marta.⁹⁶

Todos los caminos, con tal de ser de auténtica vida cristiana, llevan a Dios. Y es que Dios es al mismo tiempo el Dios amoroso, el Dios justo, el Dios-Hombre que padece por la redención y el Dios todopoderoso que creó todo de la nada. De cualquiera de estos modos puede imaginárselo el alma en oración:

⁹⁵ *Ib.*, p. 180.

⁹⁶ *Ibidem.*

Algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo, y se afligen en pensar en el infierno; otras en la muerte; algunas, si son tiernas de corazón, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasión, y se regalan y aprovechan de mirar el poder y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representa; y es admirable manera de proceder, no dejando muchas veces la Pasión y vida de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene el bien.⁹⁷

Para el alma que ya goza del Señor, la contradicción central es la de cómo puede gozar tanto cuando al mismo tiempo está hecha un sufrimiento:

hácese una extrañeza nueva para con las cosas de la tierra, que es muy penosa la vida.⁹⁸

[...] porque a no venir de manos de su Majestad, parecía imposible sufrir tanto mal con tanto contento.⁹⁹

[...] acrecienta el deseo de manera que, a su parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte, salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo a qué le comparar. Ello es *un recio martirio sabroso*.¹⁰⁰

Pena de no acabar de morir para estar ya, libre del cuerpo que la aprisiona, totalmente el alma en manos de Dios. Éste es el central “que muero porque no muero”, que llena todo el pensamiento teresiano: el querer morir del todo para gozar en la gloria a Dios, y ser precisamente este deseo de querer morir ya y todavía no poder dejar la vida, lo que la está matando de sufrimiento, lo que está acabando de purificar su espíritu. ¡Grandioso incendio de su alma! Cumbre del misticismo ascético de la santa avilesa:

[...] no se puede encarecer, ni decir, el modo con que llaga Dios el alma, y la grandísima pena que da, que la hace no saber de sí, mas es esta pena tan

⁹⁷ *Ib.*, p. 164.

⁹⁸ *Ib.*, p. 192.

⁹⁹ *Ib.*, p. 132.

¹⁰⁰ *Ib.*, p. 136. *Cursivas mías.*

sabrosa, que no hay deleite en la vida que más contento dé. Siempre querría el alma, como he dicho, estar sufriendo de este mal.¹⁰¹

Está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir: no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si habla, ni si calla, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se desprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma.¹⁰²

Mire vuesa merced qué descanso puede tener en esta vida, pues el que había que era la oración y soledad [...] es ya lo más ordinario este tormento; y es más sabroso, y ve el alma que es de tanto precio, que ya le quiere más que todos los regalos, que solía tener. Parécele más riguroso porque es camino de cruz [...] No participa [el alma] con el cuerpo sino con pena, y el alma es la que padece, y goza sola del gozo y contento que da este padecer. No sé yo cómo puede ser esto; mas así pasa.¹⁰³

Toda la ansia es morirme entonces, ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho [...] todo se me olvida con aquella ansia de ver a Dios.¹⁰⁴

Víame morir con el deseo de ver a Dios, y no sabía adónde había de buscar esta vida, si no era con la muerte.¹⁰⁵

[...] pidiendo a Dios le dé remedio para su mal, y ninguno ve, sino la muerte, que con esta piensa gozar de Él todo a su bien.¹⁰⁶

Y todas estas divinas paradojas no las puede entender la inteligencia humana por sí sola, lo único que le queda a ésta es la humildad frente a la Sabiduría infinita de Dios. Dios sabe cómo obra, no se puede pretender interpretar sus inescrutables desig-nios; hay que abandonarse a Él, que Él siempre procurará el bien de sus amadores. En el momento de éxtasis, pese a la incapacidad de la naturaleza humana, Dios hará, por su poder, que se comprenda lo que es superior al entendimiento. Lo que Dios en estos

¹⁰¹ *Ib.*, p. 237.

¹⁰² *Ib.*, p. 176.

¹⁰³ *Ib.*, p. 194.

¹⁰⁴ *Ibidem.*

¹⁰⁵ *Ib.*, p. 237.

¹⁰⁶ *Ib.*, p. 238.

momentos comunica es superrracional. La razón, entiende Teresa, no es sino un medio, imperfecto por humano, que Dios ha concedido al hombre para que pueda comprender las cosas, pero hay mejores instrumentos para llegar a aprenderlo a Él, última y primera realidad, los cuales Él proporciona cuando es llegado el momento:

Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza [...] se goza un bien, adonde juntos se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien.¹⁰⁷

El cómo es ésta que llaman unión, y lo que es, yo no lo sé dar a entender; en la mística teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos.¹⁰⁸

Muchas veces estaba así como desatinada, embriagada en este amor, y jamás había entender cómo era.¹⁰⁹

[...] sé que quien hubiere llegado a arrobamiento lo entenderá bien; si no lo ha probado, parecerle ha desatino, y ya puede ser; porque querer una como yo hablar de una cosa tal y dar a entender algo de lo que parece imposible aun haber palabras con qué lo comenzar, no es mucho que desatine.¹¹⁰

Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo a lo que el Señor hace, que sabe mijor lo que nos conviene.¹¹¹

[...] quédense las letras a un cabo, tiempo vendrá que aprovechen al Señor, y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo por servir a su Majestad, porque ayudan mucho; mas delante de la sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad, y un acto della, que toda la ciencia del mundo.¹¹²

[...] hace Dios al entendimiento que advierta, aunque le pese, a entender lo que se dice.¹¹³

Ansí, que aquí no hay que querer ni no querer; claro se ve quiere el Señor que no haya sino humildad y confusión, y tomar lo que nos dieren, y alabar a quien lo da ¹¹⁴.

¹⁰⁷ *Ib.*, p. 182.

¹⁰⁸ *Ibidem.*

¹⁰⁹ *Ib.*, p. 176.

¹¹⁰ *Ib.*, p. 184.

¹¹¹ *Ib.*, p. 133.

¹¹² *Ib.*, p. 173.

¹¹³ *Ib.*, p. 226.

¹¹⁴ *Ib.*, p. 235.

Dijéronme, y no sé quien [–en una visión de la gloria–] que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar la nonada que era todo en comparación de aquello [...]¹¹⁵

Como una vez el Señor me dijo, que muchas cosas de las que aquí escribo, no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi maestro celestial [...]¹¹⁶

Por ejemplo, ¿cómo puede la inteligencia humana, por sí sola, entender lo que es la gloria, o el infierno? De los tormentos que en este último lugar se sufren, dice Teresa:

Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena todo se ve.¹¹⁷

Todo esto que el Señor le revela indudablemente es verdad, pero escapa a la comprensión de la razón, porque ésta, imperfecta, ¿cómo podrá captar a Dios, que es la totalidad?

Es así como, manieristamente, se ha resuelto en Dios y por su amor la angustia que causaba la vida en un mundo cambiante, inseguro y enajenado. Unida a Dios, el alma está sobre el mundo y sus engaños. Sólo queda el amoroso agradecimiento a quien ha dado, en Sí, sentido a todo:

Ríese de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros y codicia de ellos [...]¹¹⁸
[...] y quiere el Señor algunas veces, como digo, lo goce el cuerpo; pues ya obedece a lo que quiere el alma.¹¹⁹

Sea alabado Dios, que me dio vida para salir de muerte tan mortal.¹²⁰

Puede santa Teresa de Jesús exclamar, al fin, acogida a Dios, reencontrado en la tradición de la vocación cristiana del mundo:

¹¹⁵ *Ib.*, p. 298.

¹¹⁶ *Ib.*, p. 295.

¹¹⁷ *Ib.*, p. 235.

¹¹⁸ *Ib.*, p. 197.

¹¹⁹ *Ib.*, p. 196.

¹²⁰ *Ib.*, p. 148.

Por estar ya fuera del mundo, y entre poca y santa compañía, miro como desde lo alto, y dáseme ya bien poco de que digan ni se sepa [-de sus revelaciones-].¹²¹

Y de rodillas, con humilde adoración, grita llena de gozo:

Bendito sea el que ansí lo ha hecho todo, amén [...]¹²²

UNA SANTA EN SU VOCACIÓN MANIERISTA

La vida en el inseguro mundo manierista propiciaba la toma de actitudes extremas; la de Teresa de Jesús fue la de una radical exaltación en la realización cristiana.

Claro que en santa Teresa –como tampoco en nadie– no están expresados al mismo tiempo todos los aspectos que caracterizan una época. Como ya se dijo, el manierismo es meramente un tono de vida que caracteriza un tiempo, un modo angustiado de captar las cosas por una sociedad determinada: la europea del siglo XVI, después de la clausura del Renacimiento.

Los diversos movimientos o épocas en los que dividimos la historia tienen validez en cuanto a generalización de los aspectos que conforman una sociedad concreta, pero de ninguna manera se les puede considerar como determinadores absolutos de la personalidad total de los hombres y mujeres que viven en ellos.

Hemos visto cómo, manieristamente, pudo resolver la madre Teresa de Jesús, al refugiarse desesperadamente en Dios, toda la angustia que para ella representara el vivir la crisis de la cultura occidental. Esta fue su solución personal, propia, producto de las circunstancias en que vivió pero encarnada por ella en su existencia particular y única.

¹²¹ *Ib.*, p. 304.

¹²² *Ib.*, p. 262.

Tal como ella lo entendió –y supo así expresarlo– estaba *presa* en las circunstancias que eran su cuerpo y su sociedad, y en ellas actuó, con su acción única, libre, individual e insustituible.

Vivía íntimamente la crisis, el cuestionamiento radical de toda la vida occidental, cristiana. Al mismo tiempo era católica española, y como tal sintió la necesidad de reconvertir el mundo al catolicismo, de enseñarle otra vez el que ella entendía único camino de salvación.

Lo característico de ella consistió, entonces, en haber aceptado y asumido su vocación de católica y de mujer de su tiempo en una forma total, extremada, de un modo que resultó ejemplar y se convirtió en paradigma y punto de referencia para muchos de sus contemporáneos, y aun para buen número de hombres y mujeres de tiempos posteriores.

En definitiva ella, como unos pocos personajes de la historia, supo trascender su tiempo y así quedar enfrente de nosotros como una figura de validez universal. En este sentido, quizás lo de menos en ella sean sus particularidades concretas, *su punto de partida* –ser mujer, española, católica, monja–; lo importante es su ejemplaridad al aventurarse a intentar ser ella misma a pesar de las dificultades que la cercaban: *su punto de llegada*. ☼

